

Mar

3

Feb

2009

Evangelio del día

Cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“¿Quién me ha tocado?”

Primera lectura

Primera lectura: Hebreos 12, 1 – 4

“Hermanos: Una nube ingente de espectadores nos rodea: por tanto, quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en que inició y completa nuestra fe: Jesús, que renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, sin miedo a la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del Padre. Recordad al que soportó la oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado.”

Salmo de hoy

Sal 21,26b-27.28.30.31-32 R/. Te alabarán, Señor, los que te buscan

Cumpliré mis votos delante de sus fieles.
Los desvalidos comerán hasta saciarse,
alabarán al Señor los que lo buscan:
viva su corazón por siempre. R/.

Lo recordarán y volverán al Señor
hasta de los confines del orbe;
en su presencia se postrarán
las familias de los pueblos.
Ante él se postrarán las cenizas de la tumba,
ante él se inclinarán los que bajan al polvo. R/.

Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá,
hablarán del Señor a la generación futura,
contarán su justicia al pueblo que ha de nacer:
todo lo que hizo el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 5, 21-43

En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia: - Mi niña está en las últimas, ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva. Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda su fortuna, pero en vez de mejorar, se había puesto peor.

Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido, curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado.

Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de gente, preguntando: - ¿Quién me ha tocado el manto?

Los discípulos le contestaron: - Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”. El seguía mirando alrededor, para ver quién había sido.

La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo.

El le dijo: - Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud...”

Reflexión del Evangelio de hoy

Nos hace falta constancia.

La carta trata de estimular a la comunidad oprimida a perseverar en el duro combate de la fe.

En el versículo uno (Hebreos 11, 1), se nos ha dado su definición: “La fe es garantía de lo que se espera: la prueba de las realidades que no se ven”, y a continuación una larga enumeración de los testigos de la fe.

Y propone un símil. Parece ser, que ya en la antigüedad, entusiasmaban los deportes de masas. En las gradas, como espectadores, se encuentran los testigos, ellos nos animan en nuestra carrera. Y en la pista como deportistas, nosotros los cristianos.

Es de sentido común, que todo corredor, con voluntad de luchar por la victoria, se despojará de todo lo que le pueda ser de peso o le exponga a caer.

La comunidad parece haber olvidado que para alcanzar la corona de la victoria hace falta esfuerzo perseverante. Nos falta constancia.

Y pone como modelo supremo la imagen de Jesús crucificado y resucitado; y que ahora se encuentra a la diestra de Dios Padre.

Sin Jesús todo esfuerzo sería inútil, pues por nuestras propias fuerzas nunca llegaríamos a la meta.

Jesús es la razón de que sea posible la fe, y es también el garante de que tal fe no va a parar al vacío.

¿Quién me ha tocado el manto?

Los dos milagros tienen mucho en común. Y la escena nos la narra Marcos, con gran detalle.

Acaba de llegar el nuevo rabí, y la gente se agolpa a su alrededor. Era la novedad del momento. Habían oído hablar de él; de sus enseñanzas, de cómo respondía a sus adversarios, y sobre todo, de sus milagros. Y sentían gran curiosidad.

En esta abigarrada multitud aparecen en escena, los coprotagonistas de la historia del día. Públicamente, Jairo. Y en secreto, a escondidas, la atribulada hemorroísa.

Esta pobre mujer, dos veces marginada: por su sexo, y por la impureza legal de su enfermedad; constituye con su fe sencilla un modelo de cómo hay que acercarse a Jesús: con confianza de niño. Ella busca la salud, y encuentra la salvación.

Sobre la base de su fe, Jesús confirma a la mujer en su curación y le infunde consuelo y confianza: vete en paz.

Muchos tocaban físicamente a Jesús, pero no recibieron favores especiales de él. Lo que marcaba la diferencia entre la multitud de curiosos y esta pobre mujer, era la fe.

Nosotros “tocamos a Jesús” en la Palabra y en los Sacramentos. Cristo nos toca personalmente. Necesitamos la fe sencilla y suplicante de la hemorroísa para que estos encuentros sacramentales produzcan en nosotros frutos de salvación al nivel más profundo de la persona, más allá del entendimiento, en el fondo de nuestro corazón.

Si “tocamos” a Jesús con fe, El nos salvará y sanará.



Monasterio de la Descensión - MM. Dominicas
Ajofrín